

“COMO NIÑOS” (Mt 18, 3)

¿RECUPERAR LA INFANCIA?

Desde que el Verbo de Dios se hizo Niño, y porque el Verbo de Dios se hizo Niño, la *infancia* desempeña un papel decisivo en la historia de la salvación. Tan decisivo que viene a ser la condición indispensable de pertenencia al Reino de Dios.

Una de las cosas que más impresionan en la vida de Jesús es, justamente, la llamada 'vida oculta', que es uno de los misterios más impresionantes de toda su vida. Nos resulta incomprensible esa actitud de Jesús. Tiene que haber un secreto hondísimo, un misterio profundo y esencial en este ocultamiento, en este silencio de treinta años.

Los hombres nunca lo hubiéramos imaginado así. Jesús, que venía al mundo como Mesías, como fundador y pregonero del reino, como Salvador de la humanidad entera, pasa treinta años de los treinta y tres de su vida, en la más completa oscuridad. Esto es sencillamente asombroso. No puede menos de encerrar un hondo misterio de salvación y de santificación para nosotros. Jesús nos estaba enseñando, con su conducta, la lección más difícil de aprender por parte nuestra y la más fundamental de su mensaje: *la infancia espiritual*. Pero no sólo vive este misterio en su vida oculta, sino durante toda su vida. Después, su palabra repetirá, en términos enérgicos y clarísimos, la misma lección que él había vivido y que estaba todavía viviendo.

"En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: '¿Quién es, pues, el mayor en el reino de los cielos?' El llamó a un *niño*, le puso en medio de ellos y dijo: Yo os aseguro, si no cambiáis y os hacéis como los *niños*, no entraréis en el reino de los cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este *niño*, ése es el mayor en el reino de los cielos" (Mt 18, 1-4). "Entonces, le fueron presentados unos *niños* para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús les dijo: 'Dejad que los *niños* vengan a mí, y no se lo impidáis. Porque de los que son como éstos es el reino de los cielos'" (Mt 19, 13-14). "Le presentaban también los *niños* pequeños para que los tocara, y, al verlo los discípulos, les reñían. Más Jesús llamó a los *niños*, diciendo: 'Dejad que los *niños* vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los que son como éstos es el reino de Dios. Yo os aseguro: El que no reciba el reino de Dios como *niño*, no estará en él'" (Lc 18, 15-17). "Le presentaban unos *niños* para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: 'Dejad que los *niños* vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el reino de Dios. Yo os aseguro: El que no reciba el reino de Dios como *niño*, no entrará en él'. Y abrazaba a los *niños*, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos" (Mc 10, 13-16).

Estas afirmaciones corresponden exactamente a la primera bienaventuranza: "Bienaventurados los *pobres de espíritu*, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 3). Donde *niño* y *pobre* expresan la misma idea fundamental.

Para acercarse un poco a este misterio vivido por Cristo, pueden ser aleccionadoras las palabras y reflexiones con que Unamuno se habla a sí mismo en el *Diario íntimo*¹:

"No bajó Cristo como aparición, no tomó carne mortal de modo milagroso y, apareciendo ya hombre maduro, cumplió su obra. Habría sido un fantasma y no una realidad. Nació, nació niño y vivió niño, vivió treinta años en la oscuridad, oculto, vida humana, sin hacer

¹ Miguel de UNAMUNO, *Diario íntimo*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, 4ª ed., pp. 216.

más que vivirla. *La niñez de Cristo es uno de los más instructivos misterios*. Dentro de la obra de la redención, ¿qué significa esta *niñez*? Para salvarnos en Cristo tenemos que hacernos uno con él. Y para ello, empezar por *hacernos niños* y vivir vida humana y oscura, de humilde paciencia. No ha de ser tu redención una maravilla, un repentino resucitar y subir en gloria, sino lenta vida, vida oscura, vida de empuje en ignorada *niñez*. Ese súbito romper el capullo y aparecer mariposa, que te bañes en luz y vuelas por el aire libre sería fantasía, pura apariencia, no realidad. Sufre tus dolores y espera de ellos el parto espiritual. Hay que nacer en Belén y vivir en humildad, oscuridad y obediencia, para pasar luego por el Calvario, y crucificarse en Cristo, y ser con él sepultado. Así se resucita y sube a la gloria"².

El niño es el tipo de la *disponibilidad*. Si es verdaderamente niño, es pura receptividad. Para que el hombre llegue a esta disponibilidad interior, a esta apertura -que es lo más opuesto a la autosuficiencia, en todas sus posibles formas- necesita una verdadera *conversión*, un cambio radical de mentalidad. El espíritu de infancia es una consecuencia lógica, inmediata, de nuestra filiación. Nuestra vida debe responder a lo que somos: a nuestra vocación y a la realidad de esta filiación divina que hemos recibido.

La *infancia* de Jesús y de María no son sólo ni principalmente un dato cronológico o un hecho histórico, sino un 'acontecimiento teológico', con una especial significación evangélico-espiritual. No abarca sólo los años propiamente 'infantiles' de su vida, sino su vida entera. La niñez y la infancia de Jesús y de María desempeñan un papel decisivo en la historia de la salvación y de la santificación: Son un 'signo' y un 'símbolo', una verdadera parábola evangélica, una profecía en acción y hasta una especie de 'sacramento' del reino. Son, por eso mismo, una lección permanente y permanentemente válida: Una lección de máxima actualidad.

Se ha pretendido "explicar el motivo que indujo a Cristo a vivir como todos la etapa de la niñez", y se ha puesto de relieve que el sentido principal de este misterio es "enseñarnos a todos a ser niños", que "es una razón de validez absoluta, de sempiterna actualidad. *Enseñarnos a ser niños*. Añadir una ilustración práctica a su teoría tan extraña como terminante: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18, 3)"³.

La infancia espiritual, en el sentido bíblico, equivale exactamente a la pobreza evangélica. Pero no tiene nada que ver con el 'infantilismo', ya que es 'consumada madurez'.

Cuando hablamos de *infancia espiritual*, estamos haciendo una verdadera 'transposición', pasando de una realidad a otra: del orden natural humano, al orden estrictamente sobrenatural. Tampoco hay que olvidar que esta 'transposición' puede resultar gravemente peligrosa. No se puede identificar -es decir, 'confundir'- la llamada *infancia espiritual* con la *infancia humana*. Entre ambas, no existe más que un simple lazo puramente simbólico. Por eso, no es lícito trasladar, sin más, consideraciones o referencias de un orden a otro.

Jesús afirma que, para entrar en el Reino, es condición indispensable "hacerse *como niños*" (cf Mt 18, 3). Pero, justamente, hay que recordar que ese *como* sugiere no sólo semejanza, sino también profunda diferencia. No se puede 'puerilizar' la noción de *infancia espiritual*. Cristo no pide que *permanezcamos siempre 'niños'*, que sigamos siendo 'niños' toda la vida o que 'copiemos' todos los rasgos propios de la infancia o de la niñez terrena. De hecho, la *infancia*, mal entendida, ha llevado, en ocasiones, a los más graves excesos: a no cultivar la inteligencia ni el sentido crítico, a la falta de madurez intelectual, volitiva y afectiva, a la irresponsabilidad en los compromisos y en

² Miguel de UNAMUNO, *Diario íntimo*, ibíd., pp. 109-110.

³ José M^a CABODEVILLA, *Como niños*, en "Señora Nuestra", BAC, Madrid, 1975, 4^a ed., pp. 67-68.

la acción, al amaneramiento en el trato y en la expresión, es decir, al *infantilismo*. Ahora bien, este *infantilismo* revela, sencillamente, una grave *inmadurez*. Y esta *inmadurez* es siempre propicia a todas las posibles desviaciones.

El niño es tomado por Jesús -y él mismo fue Niño- como ejemplar y modelo de un conjunto de actitudes. *Niño y pobre* se identifican, pues ambos son los candidatos al Reino de los Cielos. No se considera, pues, al niño como modelo en todo su comportamiento o en todas sus actitudes, ya que el niño suele ser voluble, inconstante, caprichoso, egoísta, irresponsable. Por eso, San Pablo dirá: "No seáis niños en el juicio. Sed niños en malicia, pero hombres maduros en juicio" (1 Cor 14, 20).

El *niño* se convierte en verdadero modelo para la vida espiritual por una serie de actitudes, que son normales en él, cuando aún no ha dejado de ser 'niño'. Por ejemplo:

-la *sencillez*, que es candor transparente, ausencia total de doblez, de toda complicación y de segundas intenciones; si no se entendiera mal, como ya hemos insinuado, podríamos hablar de 'simplicidad';

-la *sinceridad*, que es franqueza y espontaneidad: el niño dice lo que siente y siente lo que dice, no falsea las cosas ni sabe de protocolos ni de diplomacias, etc.;

-la *confianza* en las personas mayores, sobre todo, en sus padres, a quienes se abandona fácilmente y en quienes confía sin cálculos;

-el *asombro* y la curiosidad, ya que todo le sobrecoge y le admira, todo para él es 'nuevo'; por eso, no se aburre nunca, etc.;

-la *disponibilidad*, pues está abierto a todo, sin condicionamientos y sin resabios;

-el *sentido filial*, que embarga toda su vida y que se transforma en *conciencia de ser amado*, protegido, ayudado y en *dependencia amorosa* con respecto a sus padres, sabiendo que tiene absoluta necesidad de ellos y que en ellos está más 'seguro' que en sí mismo; etc.

El *niño* es debilidad y, por eso mismo, dependencia, falta de autonomía, ausencia de méritos propios (=gratuidad), alegría, etc. El niño -si no ha 'perdido' prematuramente su verdadera 'infancia'-, no se desalienta nunca, no se descorazona y ni siquiera se aburre. Es capaz de entretenerse con cualquier cosa y de reemprender mil veces, sin desánimo, el mismo juego.

El niño tiene un extraño y profundo sentido de 'justicia'. Por eso, le duele tanto, sufre tan desconsoladamente y experimenta una decepción tan grande, cuando se le castiga sin merecerlo, cuando se ve sometido a la arbitrariedad de las personas mayores, principalmente, su padres, a quienes creía modelos acabados de justicia y de equidad. Es oportuno, a este propósito, recordar la pregunta y las recomendaciones de Azorín: "¿Sabéis lo que es maltratar a un niño? Yo quiero que huyáis de estos actos como de una tentación ominosa. Cuando hacéis, con la violencia, derramar las primeras lágrimas a un niño, ya habéis puesto en su espíritu la ira, la tristeza, la envidia, la venganza, la hipocresía... Y, entonces, con estos llantos, con estas explosiones dolorosas de sollozos y de gemidos, desaparece para siempre la visión riente e ingenua de la vida, y se disuelve poco a poco, inexorablemente, aquella secreta e inefable comunidad espiritual que debe haber entre los que nos han puesto en el mundo y nosotros los que venimos a continuar, amorosamente, sus personas y sus ideas"⁴.

Por otra parte, se ha podido hablar -quizás, no sin razón-, de la *soledad* de los niños. "Los niños están mucho más solos de lo que creemos, porque están solos en medio del cariño. Rodeados

⁴ Azorín, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, Austral, Madrid, 1956, 4ª ed., p. 28.

por oleadas incesantes de ternura y de reproches, anhelan el día en que puedan vivir sin que se les quiera tanto. Estar solo en medio de los que nos aman, es más misterioso que estar solo cuando somos nuestros propios dueños. Los niños no llevan diarios íntimos. Están perdidos en un mundo de personas que los agobian con su autoridad, su prudencia, que les comunican temores estúpidos, que se portan con ellos con una inconsciencia infantil"⁵.

La máxima realización y la mejor 'profecía' de la infancia espiritual y de la pobreza evangélica son, indudablemente -y conviene repetirlo para recordarlo siempre- Jesús y María en el misterio de su infancia y de su niñez, que comprende -como hemos dicho- no sólo los primeros años de su vida, sino toda su existencia.

Efectivamente, Jesús y María vivieron un misterio de infancia a lo largo de toda su vida, porque toda su vida fue obediencia filial, confianza ilimitada, sumisión amorosa e incondicional a la voluntad del Padre, dependencia total, apertura, disponibilidad, humildad y sencillez.

Jesús, con el testimonio de su vida entera, y también con su palabra, nos dijo: "Yo os lo aseguro, si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos" (Mt 18, 3-4). Lo mismo nos ha dicho María-Virgen, con su vida humilde, sencilla, abierta, disponible, con su *fiat* de total adhesión a la voluntad divina y con su *magnificat* de reconocimiento y de alabanza agradecida a Dios por todos sus dones.

Romano Guardini (1885-1968) ha estudiado y expuesto, con su habitual lucidez y precisión, lo que es la verdadera *infancia espiritual*, como "norma de la vida cristiana", según las enseñanzas de Jesús, purificándola de múltiples adherencias y resonancias extrañas, que no tienen nada que ver con el auténtico mensaje del Evangelio. Y nos ofrece, entre otras muchas, esta reflexión: "El niño es joven. Posee la sencillez de la mirada y el corazón. Al llegar lo nuevo, lo grande, o redentor, el niño lo mira, se acerca y entra en ello. Esta sencillez... es aquella infancia de la que nos habla la parábola... Ser *niño*, en el fondo, significa lo mismo que ser *creyente*. Es la actitud natural de la fe. En ella actúa libremente lo que viene de Dios... La *infancia espiritual* consiste, según Jesús, en vivir de la paternidad de Dios... *La infancia espiritual, en el sentido de Jesucristo, es lo mismo que la madurez cristiana*"⁶.

¿No hay, tal vez -en nosotros-, un *niño*, que sigue aún viviendo, porque todavía no ha sido ahogado por las máquinas o por la rutina? La capacidad de asombro y la apertura a la bondad y a la belleza y, en definitiva, a Dios, ¿no son, acaso, un signo vivo de la verdadera *infancia*? Quizás, el mejor tesoro que podemos conservar aún, dentro de nosotros mismos, sea, por lo menos, un vestigio de esa *infancia* y de esa *niñez*. Y, en todo caso, sabemos que la fe viva en Jesús y la docilidad al Espíritu y a la acción maternal de María son capaces de resucitar a ese *niño*, aunque ya hubiera realmente muerto. ¡Con cuánta mayor razón podrán 'despertarlo', si es que duerme en el sueño del olvido o del desencanto, quebradas todas las ilusiones y rotas todas las esperanzas! ¿Por qué no convertimos en oración suplicante nuestro legítimo deseo de 'recuperar' el misterio de esa niñez y de esa infancia? Jesús mismo nos advirtió, con absoluta seriedad: "Si no os convertís y os hacéis como *niños*, no entraréis en el Reino de los Cielos" (Mt 18, 3).

Si "esperar es recobrar su infancia"⁷, se recobrará la infancia o la niñez, en la medida en que

⁵ J. Guiton, *La Virgen María*, Rialp, 1952, p. 79.

⁶ R. Guardini, "Si no os tornáis como niños", en "El Señor", Rialp, Madrid, 1956, t. I, p. 479.

⁷ Charles Moeller, *Albert Camus o la honradez desesperada*, en "Literatura del siglo XX y Cristianismo", Gredos, Madrid, 1958, t. I: *El silencio de Dios*, p.104. El mismo Charles Moeller, comentando a Marcel, dice: "La desesperación es, en fin, la *negación del espíritu de infancia*, porque éste es esencialmente *resurgimiento*,

se recobre la esperanza. Pero, la verdadera *esperanza* es un don gratuito, que uno no puede construir con el propio esfuerzo, sino que ha de 'acogerlo' en la oración confiada y cultivarlo en el quehacer humilde de todos los días. "No es posible hacerse niño por una técnica diabólica; se puede *volver a serlo* en la *gracia de Cristo*. No es la metamorfosis, sino la transfiguración, lo que hace reaparecer, en el hombre pecador que hemos querido ser, el *niño* que debemos volver a ser"⁸.

Federico García Lorca le pedía a Cristo que le devolviese "su alma antigua de niño / madura de leyendas"⁹. Y Francisco Alday, el sacerdote-poeta mexicano, después de hablar de un "afán inútil de volver a niño, / como por una mágica gimnasia", le suplica confiadamente al Señor, diciendo: "¡Aníñame en las niñas de tus ojos!"¹⁰. Por su parte, Gerardo Diego, en un precioso poema, publicado en 1943 y titulado *Creer*, escribió esta estrofa-plegaria: "Devuélveme aquellas puras / transparencias de aire fiel, / *devuélveme aquellas niñas / de aquellos ojos de ayer*. / Quiero creer"¹¹.

Cada uno debería poder hacer suya la *confesión radical* del poeta: "Debajo de las tierras sin memoria / *el río de mi infancia persevera*. / ... / Sigo, en los años, siendo el mismo niño"¹².

La infancia-niñez redescubierta, recuperada -tal vez- del naufragio o resucitada de la muerte por el don de la gracia, se convertiría para nosotros en fuente de nuevas energías, en principio de un nuevo impulso vital y en hontanar de verdadera alegría y esperanza. Miguel de Unamuno, según su propia confesión, volvía a su niñez para recobrar fuerzas, y consideraba la compañía de su infancia como su mejor asilo y como el manantial de su alegría. Así escribió en abril de 1901:

"Vuelvo a ti, mi niñez, como volvía
a tierra a recobrar fuerzas Anteo,
cuando en tus brazos yazgo, en mí me veo;
es mi asilo mejor tu compañía.

De mi vida en la senda eres la guía
que me apartas de todo devaneo,
purificas en mí todo deseo,

llama viva, comunión espontánea con el mundo y con los hombres, transparencia, disponibilidad, acogimiento. El espíritu de infancia es espíritu de amor, en el 'retorno fontal' de la vida al seno de su propio esplendor" (Ch. Moeller, *Gabriel Marcel o el 'misterio' de la esperanza*, en "Literatura del siglo XX y Cristianismo", Gredos, Madrid, 1960, t. IV: *La esperanza en Dios nuestro Padre*, p. 216).

⁸ Charles Moeller, *Julien Green, testigo de lo invisible*, ibíd., t. I., p. 419. Charles Moeller escribe estas palabras, a propósito de Fabien, el personaje de la novela de Julien Green, *Si j'étais vous*, publicada en 1947. Fabien quiere 'convertirse en' un *niño*, por medio de una fórmula mágica, impulsado por un orgulloso "apetito de metamorfosis", que fracasa inexorablemente.

⁹ Federico García Lorca, *Balada de la placeta*, en "Obras completas", Aguilar, Madrid, 1978, t. I., ed. 20ª, p. 98. El poeta escribió este poema el año 1919. La estrofa dice así: " Se ha llenado de luces / mi corazón de seda, / de campanas perdidas, / de lirios y de abejas, / y yo me iré muy lejos, / más allá de esas sierras, / más allá de los mares, / cerca de las estrellas, / *para pedirle a Cristo / Señor que me devuelva / mi alma antigua de niño, / madura de leyendas, / con el gorro de plumas / y el sable de madera*".

¹⁰ Francisco Alday, *Afán inútil*, en "Obra poética", Morelia (Mich.), 1970, p. 64.

¹¹ Gerardo Diego, *Obra completa: Poesía*, Aguilar, Madrid, 1989, t. II, p. 579.

¹² Pedro Mª Casaldáliga, C.M.F., *Confesión radical*, en "Uriel", 16 (1964), p. 17.

eres el manantial de mi alegría.

Siempre que voy a ti a buscarme, nido
de mi niñez, Bilbao, rincón querido
en que ensayé con ansia el primer vuelo,

súbeme de alma a flor mi edad primera,
cantándome recuerdos, agorera,
preñados de esperanza y de consuelo"¹³.

Y, muchos años más tarde, el 14 de marzo de 1928, dirigía a Dios esta plegaria de petición y, a la vez, de agradecimiento:

"Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad;
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.

Gracias, Padre, que ya siento
que se va mi pubertad;
vuelvo a los días rosados
en que era hijo no más.

Hijo de mis hijos ahora
y sin masculinidad,
siento nacer en mi seno
maternal virginidad"¹⁴.

Es certero el comentario de L. Martínez Gómez: "Unamuno viejo se siente renacido niño y es toda su oración una nostalgia de fe niña, suave y casi no agónica, como si se hubiera borrado su vitalidad mental"¹⁵.

"El creernos adultos es romper la vinculación con Dios, cortar ese hilo umbilical que nos mantenía la vida de la gracia en el alma. Abandonar la niñez es pecar... Para recobrar la gracia hay que arrepentirse. Es necesario reconocer de nuevo el absoluto dominio de Dios y la propia nada. Hacerse niño. Esta recuperación de la infancia es tarea laboriosa, porque entraña la renuncia a nuestra independencia y el abandono de nuestros criterios personas impregnados de altiva suficiencia o de cobardía senil... El espíritu de infancia no radica en la conservación de la inocencia. Consiste, sobre todo, en la *autenticidad*... Ser cada uno uno mismo, sin ese desdoblamiento entre el ser y el parecer. Decir la verdad es nada más un requisito o presupuesto de la autenticidad, pero no agota su sentido ni, tal vez, pertenece siquiera a su esencia más íntima. Ser auténtico es vivir en la verdad, llamar a las cosas por su nombre... Vivir la infancia es mirar de frente... Tener, además, una inmensa fe... Ser como niños es admitir, muy de corazón, que nosotros no podemos nada sin Dios, ni perseverar en el bien ni reparar los pecados cometidos, ni decir *Jesús*. Dejar hacer... La Virgen Santísima nos guarda, como se guarda un diploma, nuestra infancia. O como una semilla que es preciso tomarla de nuevo para hacerla fructificar. La niñez, la blancura aquella, encierra un doble aspecto de derecho y de deber. Un derecho al perdón divino, en atención a aquella fugaz vida tan limpia y mansa. Un deber de rescatar esa vida y volverla a vivir, enriqueciéndola en profundidad. La función de María en nuestra vida de infancia espiritual es indispensable e insustituible"¹⁶.

¹³ Miguel de Unamuno, *Poesía*, en "Obras Completas", Escelicer, Madrid, 1966, t. IV, p. 318. Lo publicó, por primera vez, en *Arte Joven*, Madrid, el 15 de abril e 1901.

¹⁴ Id., *ibíd.*, p. 957.

¹⁵ L. Martínez Gómez, *Unamuno, testigo de Dios*, en "Pensamiento", 25 (1969), p. 418.

¹⁶ José M^a Cabodevilla, *Como niños*, en "Señora Nuestra", BAC, Madrid, 1975, 4^a ed., pp. 69-70, 72, 73 y 75.